

TODO ES MENTIRA EN LAS PELÍCULAS

Roxana Popelka



Ediciones Baile del Sol



Apdo. Correos, 133. 38280 Tegueste. Tenerife. ISLAS CANARIAS
<http://www.bailedelsol.org> - E-Mail: bailesol@idecnet.com

VIDA

Natalia se depila antes de una cita y enumera marcas de cuchillas y de geles, hipermercados con descuentos fabulosos. Luis duerme en un colchón que ocupa la parte trasera de su furgoneta, por si la noche y la carretera juegan en su contra; hojea el periódico frente al café. P desencadena la zozobra, escucha los mensajes de su contestador automático, asiste a las reuniones de padres del colegio. Accedemos a *Todo es mentira en las películas* de un empujón, sin descripciones que nos embriaguen ni citas lapidarias acerca del sentido de la vida, guiados por una voz aséptica, notarial no sólo en los análisis, los extractos de la prensa o los folletos de viajes. Caemos en un relato dispuesto a modo de *patchwork*, que se presenta como novela pero muta en libro de cuentos, poemario, guión de ese cine cuya honestidad cuestiona, fragmentos de unas vidas que podrían truncarse en la puerta de al lado, sin que nos enterásemos de sus problemas. Porque en la pantalla grande, comenta Luis, los protagonistas se aburren en unas vacaciones eternas. Y —añadimos nosotros— las relaciones humanas se desarrollan en tobogán, rápidas y fáciles, con textura de papilla y credibilidad de humo.

La vida, esa que te despierta a las seis de la mañana y te desvela con las facturas por pagar, funciona de otra manera: mientras el celuloide nos muestra puros y perfectos, la rutina nos saca los colores y las ojeras. La literatura de Roxana Popelka

se cimienta en la imagen y la acción, acribilla con gestos, pero nos habla del mundo desde la verdad. Flaubert se jactaba de ser Madame Bovary, y el lector —o lectora— de *Todo es mentira en las películas* no erraría al confesarse Natalia Otero: sus recuerdos, sus dudas, sus alegrías, nos han ocurrido. Reconocemos las excursiones de su infancia, el paisaje de su vida adulta, la música que anima sus tardes y la que deprime aún más su soledad. Roxana no tiene miedo a nombrar, a citar diversos ecos propios y contemporáneos, a situar a sus personajes en un entorno real: caducan las ideas, no las referencias, que atan nuestros pies al suelo.

Roxana Popelka nos aboca al dolor porque subraya nuestros fracasos e imperfecciones: *Todo es mentira en las películas* no funciona como una novela, sino como un espejo. Releo a Roxana y, justo entonces, por esos caprichos del azar, descubro a Annie Ernaux. «Siempre quise escribir como si no fuera a estar cuando publicaran lo escrito. Escribir como si fuera a morirme y ya no hubiera jueces. Aunque es posible que sea una ilusión creer que el advenimiento de la verdad depende de la muerte». Me gustaría pensar que la intensidad de las primeras líneas de *La ocupación*, su vocación de poética abismal, establece un vínculo casi familiar con la obra de Roxana Popelka. *Todo es mentira en las películas* apuesta —aleluya— por el riesgo y la crudeza; nos abofetea e incomoda. Duele tanto. Es vida, y es de verdad.

ELENA MEDEL

NOTA DE LA AUTORA

Ésta es una novela de ficción. Cualquier analogía con la realidad es mera coincidencia. Las personas o situaciones que aparecen en el texto son fruto de la imaginación de la autora.

TUDO ES MENTIRA
EN LAS PELÍCULAS

ACERCA DE ELLA

Estudio Citológico
Paciente: Natalia Otero.

Frotis compuesto por células intermedias y superficiales con predominio de las primeras, apreciándose también parabasales. Toma endocervical adecuada. Fondo con bacilos de Döderlein e infiltrado polimorfonuclear en la toma cervical. No se evidencian cambios displásicos ni microorganismos patógenos.

Diagnóstico:
Citología negativa
Pap II. Cervicitis.
Frotis Luteínico

NATALIA HABLA

Es invierno.

Estamos en el año 2005 y hace tres meses que he conocido a P. Tengo treinta y cuatro años y estoy casada. P ha vivido con una mujer bastante siniestra, según me cuenta. Era adicta a los somníferos y a los antidepresivos. Los compraba en abundancia sin receta médica y cada seis meses sufría un brote de ansiedad.

He vivido en la misma ciudad durante toda mi vida, y aunque a veces me he dejado seducir por la idea del traslado a un lugar lejano, siempre me las he apañado para tener algún trabajo que me mantuviera cerca de Asturias. Supongo que una se acostumbra al mismo asfalto, a los parques y jardines tan familiares, a las calles laberínticas y estrechas, a la luz, al color del cielo y, al final, cuando quieres darte cuenta han pasado más de treinta años y sigues en el mismo sitio.

Una vida un tanto rutinaria. Nunca me ha ocurrido nada especial o trascendente; no he viajado al Japón ni me he casado con un sueco. Ninguno de mis novios ha sido negro. En fin, todo bastante vulgar.

Cuando tenía dieciséis años pensaba que algo extraordinario me iba a suceder. Supongo que esto le pasa por la cabeza al 99% de la población. Aún sigo esperando ese momento mágico después de todo.

Me llamo Natalia Otero y actualmente doy clases en un colegio privado. Trabajo con adolescentes. Cada día me digo que debo buscar otro empleo pero cuando entro por la puerta de mi casa llego exhausta, justo para tirarme en el sofá, coger el mando de la televisión y conectarme con el mundo real. Mis alumnos tienen diecisiete años. Una generación nacida en la abundancia. Lo tienen todo; ordenadores, móviles de última generación, motocicletas, ropa de marca, tarjetas de crédito que, por supuesto, pagan sus padres. Viajan en avión y la mayoría ha ido varias veces a Inglaterra o Irlanda a perfeccionar el inglés. Proviene de buenas familias. Sus padres son abogados, médicos, arquitectos, profesores de universidad, comerciantes. Lo que se conoce como profesiones liberales. Muchos de los padres de mis alumnos están separados o a punto de estarlo. Ellos lo asumen con total naturalidad. En el colegio tenemos un orientador para casos conflictivos; niños que están pasando por un mal momento y necesitan apoyo psicológico. Existen órdenes estrictas al respecto, y es que la dirección del centro quiere que nuestros alumnos tengan «una salud mental equilibrada necesaria para lograr un pleno rendimiento». Mi trabajo se limita a lo académico, eso excluye la orientación.

Llevo casada con Luis desde hace cinco años. Tenemos una hija de cuatro años que se llama Sofía. Me gustaría decirle a Luis: Luis, he conocido a P, me he acostado con él, me gusta y vamos a seguir viéndonos. Pero no le diré nada, al menos por ahora. ¿Cobardía? Me resulta difícil tomar una decisión. Estoy confusa.

He llegado a casa. Son las seis de la tarde y mi hija está esperándome en la puerta. Mientras descongelo la carne ella saca todo el repertorio de juguetes; jirafas, cebras, avestruces... el zoo ambulante. La cebra sube a lomos del elefante y se cae lentamente. Sofía la deja en el suelo. Ahora juega con unas letras imantadas que coloca en el lavaplatos, forma la palabra c a s a. Sofía es una niña muy alegre y cariñosa y con una curiosidad ilimitada. A ve-

ces, mientras la observo —como ahora— jugar en la bañera, me pregunto qué vida le esperará, si será medianamente feliz, si conseguirá hacer aquello que se proponga. Si será independiente... Mientras pienso en todo eso, hojeo el periódico sentada en la tapa del váter. Es de tapa dura, muy cómodo. Me he acostumbrado a leerlo aquí mientras ella chapotea en la bañera. Comienzo la lectura por detrás, miro la programación de la televisión y selecciono algún subtítulo de las páginas de economía: previsión de la bajada de tipos de interés, una nueva subida del precio del petróleo... Me paro detenidamente en la previsión meteorológica y en las necrológicas, después continúo con las páginas de cultura y sociedad. Llegados a ese punto mi hija sale de la bañera. Cierro el periódico y la visto. Mientras preparo la cena escucho la misma emisora de toda la vida: radio 3. En eso sigo siendo fiel.

Oigo llegar a los vecinos de la puerta C. No son silenciosos, no quieren serlo, nunca se lo han planteado, estoy segura. Vienen del supermercado completamente abarrotado los sábados por la tarde. Llevan toda la semana esperando al «gran sábado». Han planeado hasta el último detalle; primero la lista de la compra, todo anotado con buena letra en la impecable libreta familiar; a continuación dejan al niño en la guardería por horas del centro comercial y toman una cerveza con sus amigos. Entonces mi vecina observa a su amiga; está más gorda —piensa— con los mofletes untados de colorete. Una brocha mal pasada, una catástrofe. Pero no dirá nada. Su marido parece el de siempre, con más barriga, menos simpático, más preocupado por asuntos intrascendentes, como una mancha de vino en el pantalón oscuro. No se nota, pero él le dice a su mujer que cuando lleguen a casa lo tiene que limpiar inmediatamente, lo tiene que limpiar como sea. Ella asiente y mira hacia otro lado, se le va la vista hacia un sofá tapizado en azul con un 40% de descuento. Está en liquidación, ella lo sabe. Piensa lo bien que podría quedar en su salón de planta rectangular con el parqué recién pulido. Ahora mira el reloj y apura otro sorbo de cerveza.

Mis vecinos, los de la puerta C, vienen cargados con la compra de toda la semana. Comienzan a discutir por el pasillo, esta vez por el asunto de la gasolina. Él dice que no vuelve a llenar el depósito, ella le amenaza con dejar el coche en el garaje toda la semana. Él dice que ni hablar, que el coche es para usarlo. Suben la voz cada vez más. Están gritando. Los vecinos de la puerta C se mandan a la mierda, se dicen: no te aguanto más, y pegan un portazo. El niño de los vecinos tiene 4 años y no sé cómo se llama, se podría llamar Adrián, David, Pelayo. Aunque también Daniel, Óscar o Jonathan, pero no sé cómo se llama. Mi hija lo llama fantasma. Dice: ése es el niño fantasma.

Mis vecinos me miran mal, lo sé. Si supieran que me acuesto con P dejarían de saludarme para siempre. Si viviéramos en otra época, en 1962, por ejemplo, me denunciarían a la policía junto con Luis, mi marido. Así que hago como si nada, jugamos a ser despistados y nos saludamos tímidamente en el ascensor mientras comentamos el parte meteorológico.

*Mis vecinos me dan igual.
No sé sus nombres
pero sé cómo pisan.*

*Sé que tienen miedo,
sé que son unos cabrones
que llevan una vida
miserable, y
que no salen de casa.*

*Que tienen un trabajo
embrutecedor y mienten
cuando dicen que
les encanta.*

*Mis vecinos son
una condena permanente.*

*Sé que cuchichean a
mis espaldas tratando de
averiguar cómo vivo.*

*Sé que me vigilan
cuando salgo del portal,
que fisgan por la
mirilla para saber
si vengo acompañada.*

*Que pegan el oído
a la pared del salón
y me oyen cuando
hablo sola.*

*¿Cuántas veces habré
mandado a la mierda
a mis vecinos?*

*Sé que sus vidas
se han acabado
—por completo.*

*Y yo,
no voy a hacer nada
para cambiarlas.*